

EL TÍBER, PAISAJE MILENARIO

MARÍA MARGARITA SEGARRA LAGUNES*

Del mismo modo que el viento modifica las dunas del desierto, depositando la arena que da forma a nuevos montículos, las condiciones geográficas y los eventos naturales determinan el curso de la historia, modelando territorios y consolidando vínculos y alianzas indisolubles y pluriseculares entre los hombres y el ambiente que los rodea.

¿Cuántas historias se han acumulado en un territorio? ¿Cuántas memorias se esconden en un paisaje? ¿Cuántos recuerdos custodia el cauce de un río? ¿Cuántos hombres lo han navegado, atravesado y de él se ha beneficiado?

Si observamos hoy el río Tíber desde lo alto de cualquier puente de Roma, o bien paseando a lo largo de sus márgenes, la impresión de vacío será inmediata: la de un lugar separado, no obstante su proximidad, del resto de la ciudad. Un lugar que afirma esa disociación y es incapaz de entablar una relación con su entorno y de relatar una historia; un sitio sin pasado, sin presente que lo incorpore en la dinámica cotidiana de la ciudad y, por lo tanto, sin esperanza futura.

Esta imagen congelada es el resultado de una acción del hombre: una acción tan radical y tan drástica, que significó la total aniquilación de una simbiosis que, desde las épocas más remotas, la ciudad había instituido con su río.

Los potentes muros que lo flanquean ratifican esa ruptura. Fueron realizados a partir de las últimas décadas del siglo XIX con el fin de eliminar las frecuentes inundaciones,

* Dipartimento di Architettura – Università degli Studi Roma Tre. E-mail: segarra.lagunes@uniroma3.it

ignorando que habrían de interrumpir, de manera irreversible, una relación antiquísima, hecha de dares y tomares, de reciprocidad y de intercambio, de fiestas y ritos, de beneficios y provechos, pero también de revanchas y represalias¹.

El mito

Ya desde el acto mismo de su fundación, el Tíber asume un papel determinante en la consolidación del mito de Roma: el río es, en efecto, la vía que transporta la cesta con los gemelos Rómulo y Remo hasta la zona del Velabro, situada a los pies del Monte Palatino. Esa feliz unión, entre el impetuoso Divus Tiberinus y Rea Silvia, madre de los gemelos, seguirá siendo celebrada siglos después por poetas y pintores, como Pieter Paul Rubens, quien, a principios del *Seicento*, describe magistralmente y sin omitir detalle la escena narrada por Tito Livio en la *Historia de Roma*².

Pero a este hecho legendario se unen innumerables actos heroicos que desde tiempos remotos eligen como escenario inconfundible el cauce del río: desde Horacio Coclite, que lleva a cabo su proeza en el Puente Sublicio venciendo al enemigo etrusco Porsenna³, a la formación de la Isla del Tíber que, según la narración de Tito Livio, surge con el trigo arrebatado al tirano etrusco Tarquinio el Soberbio y que los romanos arrojan al río en signo de desprecio⁴, pasando por la señal enviada por la serpiente traída desde el santuario griego de Asclepios, en ocasión de la epidemia de peste, para indicar el sitio en donde habría de realizarse un templo dedicado al dios de la medicina⁵.

Del mismo modo, los puentes que lo acompañan se convierten en testigos de episodios míticos: el puente Milvio es el escenario de la batalla entre Constantino y Majencio y el puente Sant'Angelo es el lugar desde donde presenciar la aparición del arcángel San Miguel, en la cumbre del Mausoleo de Adriano, que envaina la espada como señal del final de la peste, en tiempos de Gregorio Magno⁶.

Y más allá de lo inverosímil que puedan parecer estos relatos, en cada uno de ellos es posible identificar un trasfondo simbólico que liga indisolublemente el Tíber a esos sucesos que cambiaron el curso de la historia de Roma.

¹ SEGARRA LAGUNES, 2004.

² «Tenet fama cum fluitantem alveum, quo expositi erant pueri, tenuis in sicco aqua destituisset, lupam sitientem ex montibus qui circa sunt ad puerilem vagitum cursum flexisse; eam submissas infantibus adeo mitem prae buisse mammas ut lingua lambentem pueros magister regii pecoris invenerit – Faustulo fuisse nomen ferunt – ab eo ad stabula Larentiae uxori educandos datos». TITO LIVIO, I, 4.

³ TITO LIVIO, II, 10.

⁴ TITO LIVIO, II, 5.

⁵ LUGLI, 1970: 88.

⁶ GREGOROVIVUS, 1973: 284-287.

Imágene 1. Pieter Paul Rubens, El Tíber y Rea Silvia, con el pastor Faustolo, la loba y los gemelos Rómulo y Remo (principios del siglo XVII).



Imágene 2. Constantino vence a Majencio «in hoc signo vinces» en la batalla de Ponte Milvio. Fresco de Giulio Romano en las Estancias de Rafael en el Palacio Vaticano (principios del siglo XVI).



Imágene 3. Giovanni de' Vecchi (atr.), La milagrosa aparición del arcángel al papa Gregorio Magno (Palazzo Farnese, Sala de los Ángeles).



La recreación y las fiestas

Desde los orígenes de la ciudad, los bordes del río se prestaron para realizar jardines y edificios aptos para llevar a cabo espectáculos populares: en la margen derecha existieron las naumaquias *in Vaticanum*⁷ y de Augusto⁸, pero a partir del Renacimiento, las riberas se fueron caracterizando por la presencia de jardines, terrazas y logias: en el grabado de la Villa Farnesina, Giuseppe Vasi representa, a mediados del siglo XVIII, uno de los más bellos jardines renacentistas existentes frente al Tíber, el de Agostino Chigi, edificado sobre una serie de locales abovedados de la época romana⁹, en donde el banquero toscano ofrecía banquetes al clero y a la nobleza romana de las primeras décadas del Cinquecento. Del mismo modo, las acuarelas de Ettore Roesler Franz, de mediados del siglo XIX, muestran un paisaje, hoy desconocido, hecho de balcones y huertos cultivados a través de los cuales la ciudad se asomaba hacia su río.

Pero también a lo largo de los siglos, el Tíber se prestó para celebrar fiestas y conmemoraciones: se recuerda el antiquísimo rito de los *Bambocci* de paja¹⁰, las fiestas llamadas

⁷ GREGOROVIVS, 1973: 32.

⁸ Los jardines de César, situados entre el Tíber, la primera milla de la via Portuense y las laderas de Monteverde, fueron transformadas en el año 2 a.C. por Augusto, que confirmó su carácter lúdico con la construcción de una naumaquia, cuyos espectáculos son recordados por Suetonio. SUETONIO, *Augusto*, II, XLIII.

⁹ Se trataba de las *cellae vinariae novae et arruntinae*, cfr. MOCCHEGIANI CARPANO, 1995: 6.

¹⁰ «Un tempo il ponte Sublicio era ogni anno, nel giorno del 15 maggio, il teatro di una festa singolare celebrata dal popolo. La prima colonia di Greci stabilita in questa contrada affogava ogni anno nel Tevere trenta uomini, per ubbidire ad un oracolo male interpretato. Ercole abolì questa barbara usanza e seppe persuadere i Greci che l'oracolo non chiedeva persone vive, ma

Portunalia (y más tarde *Tibernalia*), los *Ludi Saeculares*, los honores a la diosa Fortuna y, en tiempos más recientes, la fiesta de San Roque, con regatas y fuegos artificiales. Sin embargo, la fiesta *maior* era la dedicada a los santos protectores de Roma, San Pedro y San Pablo, celebrada el 29 de junio. Los apóstoles eran festejados con fuegos pirotécnicos – la *Girandola* – lanzados desde la parte más alta del Castillo de San Ángel. La iconografía pictórica de todas las épocas ha dejado magníficos testimonios de la grandiosidad con la que Roma participaba, y sigue participando, de la espléndida fiesta.

De esta vocación lúdica, en la actualidad quedan solamente algunas asociaciones de canotaje, ancladas a las riberas del río, en la zona en la que las murallas se interrumpen, dejando espacio a jardines, campos deportivos y círculos recreativos. Se trata de cabañas flotantes en las que se desarrolla una intensa vida social y deportiva y que constituyen los únicos testimonios que han sobrevivido a la radical transformación que supuso la construcción de los terraplenes del río.

Imágene 4. Pirro Ligorio, Roma antigua, detalle de la zona de Testaccio y el Emporio (1561).



era pago di fantocci. I Romani, persuasi, vestirono trenta bambocci di vimini che ogni anno lanciavano nel Tevere dal ponte Sublicio. I Consoli, tutti i Magistrati, i Sacerdoti e le Vestali intervenivano a questa strana funzione». *L'Italia descritta e dipinta: con le sue isole di Sicilia, Sardegna, Elba, Malta, Eolie e di Calipso*, Torino 1837.

Imágene 5. Jakob Phillip Hackert, fuegos artificiales en Castel Sant'Angelo (1775).



El comercio

«El Tíber es la vía a través de la cual todas las mercancías llegan a Roma», asienta Plinio el Joven¹¹. A través de su cauce, cualquier producto, importado de tierras cercanas – Umbria, Toscana, Alto Lacio – o bien de países distantes – en África, en Asia Menor, en las costas europeas – era transportado hasta ser desembarcado en los puertos de Roma, lugares estratégicos y de enorme importancia, con imponentes estructuras para la descarga y el almacenamiento.

Desde la época imperial, las operaciones mercantiles se iniciaban en los litorales de Ostia y de Fiumicino. Preocupación principal de los emperadores y más tarde de los pontífices y de la Cámara Apostólica fue el hecho de que Roma no contase con un puerto natural capaz de albergar a los navíos ni que facilitase las operaciones de carga y descarga, que se efectuaban, a través de operaciones complejas y costosas, transbordando las mercancías de las naves estacionadas en la desembocadura a embarcaciones más pequeñas, las cuales, tiradas por grupos de hombres o por manadas de bueyes, eran posteriormente remolcadas hasta el puerto de Roma.

Alrededor del 42 d.C., el emperador Claudio mandó construir un puerto artificial, constituido por dos largos muelles que avanzaban en el mar, formando una bahía capaz

¹¹ PLINIO EL JOVEN, V, 6, 12.

de acoger numerosas naves¹². Al centro de la bahía fue realizado un faro, que iluminaba las operaciones portuarias. Sin embargo, la particular conformación de la costa llevó a que el puerto se llenara de arena en poco tiempo. A principios del II siglo d.C., el emperador Trajano volvió a intervenir realizando un puerto hexagonal, adyacente al puerto de Claudio – que en la época había dejado de funcionar – alimentado por un canal derivado del curso normal del Tíber, la Fosa Trajana, que lo alimentaba y que coadyuvaba a liberar las aguas del río en caso de crecida¹³. De estas majestuosas obras se conservan todavía algunas estructuras arquitectónicas y el imponente hexágono, hoy convertido en lago artificial, en el territorio de Fiumicino.

Desde la época republicana, en la intersección de las colinas del Aventino el Palatino y el Campidoglio se instaló el primer lugar de desembarque: el *Portus Tiberinus*, ligado directamente al Foro Boario y al Foro Holitorio y a los templos de Portunus, protector del puerto y de Hércules Vencedor. Muy pronto, sin embargo, el espacio resultó insuficiente para albergar la creciente actividad comercial. A partir del II siglo a.C. y al término de la segunda guerra púnica, el área portuaria del Emporio se extendió hasta ocupar la planicie al sur del Aventino, con enormes instalaciones destinadas al almacenaje de las mercancías¹⁴. La colina del Monte Testaccio, formada con los restos de las ánforas rotas, adyacente al Emporio, testimonia el volumen comercial de Roma. Pero también los restos de la *Porticus Aemilia* (II siglo a.C.): un edificio de más de 25.000 metros cuadrados, que constituía el centro de abastecimiento de la capital de uno de los imperios más potentes de la antigüedad¹⁵. Más tarde, cuando las actividades comerciales y la importancia de Roma disminuyeron, el puerto se trasladó a la ribera opuesta, conocida en la época medieval como Ripa Romea, lugar de desembarque de los peregrinos que viajaban a Roma para visitar las tumbas de los santos y de los mártires.

Poco a poco esta ribera se fue consolidando hasta llegar a asumir una formalización arquitectónica monumental en el momento en que se inició la construcción del Hospicio de San Michele, que además de albergar niños y mujeres abandonados, constituyó un significativo punto de apoyo a las actividades del puerto, con la serie de almacenes situados en la planta baja. Junto al Hospicio, el edificio de la Aduana y un sistema de rampas que descendían hasta el nivel de las aguas, completaban el sistema de Ripa Grande¹⁶.

Al norte de la ciudad, un puerto, de igual importancia aunque de menores dimensiones, existió desde tiempos muy antiguos, sobre todo como punto para descargar la leña. Ya en tiempos de Paolo V, a principios del siglo XVII, se decide mejorar sus condiciones para dar respuesta concreta a las continuas quejas de cargadores y comerciantes, que lamenta-

¹² DIONE CASSIO, LX, 11, 1-5; SUETONIO, *Claudio*, V, 20.

¹³ PLINIO EL JOVEN, VIII, 17.

¹⁴ COARELLI, 1981: 313, 348.

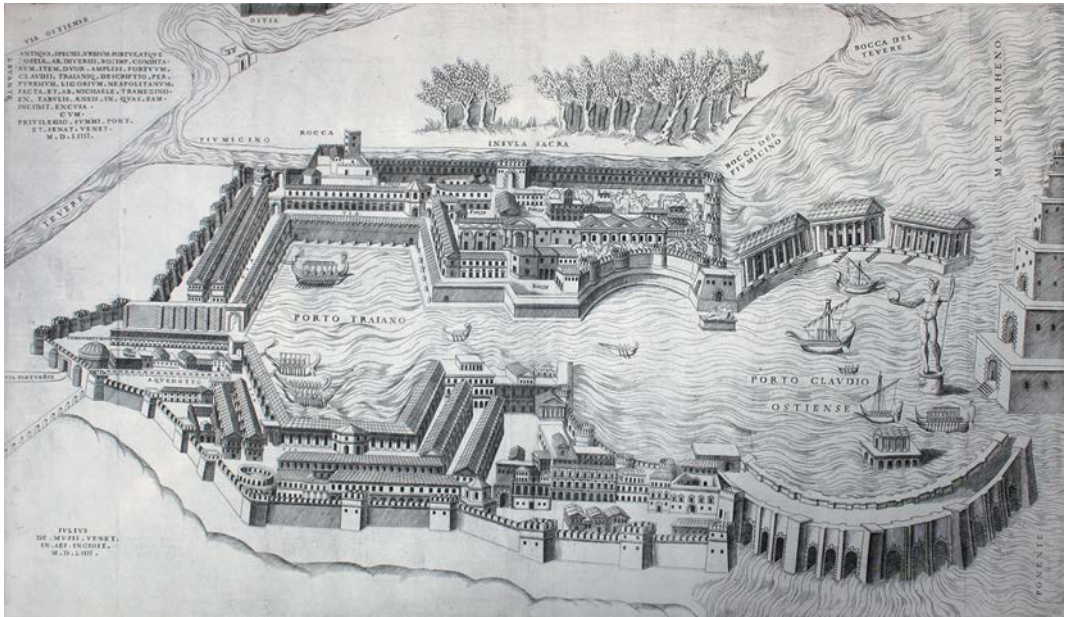
¹⁵ TITO LIVIO, XXXV, 1; MOCCHEGIANI CARPANO, s/d: 14.

¹⁶ AA. VV., *Il San Michele a Ripa Grande*, s/d.

ban el estado deplorable en el que se veían obligados a llevar a cabo sus actividades¹⁷. Pero es solamente en tiempos de Clemente XI, a principios del siglo XVIII, cuando se decide realizar la gran escalinata de Ripetta, proyectada por Alessandro Specchi, para resolver de manera definitiva las maniobras de carga y descarga.

La escalinata se convierte en uno de los lugares más escenográficos de Roma, con escalones de travertino que descienden suavemente hasta la ribera, modelados a la manera de las huellas que dejan las olas en la arena¹⁸. Ripetta y sus alrededores se convierten entonces en una de las zonas más populares de la ciudad, con un *via vai* de cargadores, mercaderes, aduaneros, hortelanos, marineros y vendedores que animan con sus voces y actividades el desempeño de las operaciones mercantiles.

Imágene 6. Los puertos de Claudio y de Trajano en un grabado de Micheale Tramezino, tomado de la descripción de Pirro Ligorio (1554).



¹⁷ *Chirografo* de Paolo V, 12 noviembre 1614, en Archivio di Stato di Roma, Camerale II Tevere, carpeta 12, fascículo 31.

¹⁸ TAJA, 1705.

Imágene 7. Maqueta, conservada en el Museo della Civiltà Romana, del Portus Tiberinus, en la época republicana.



Imágene 8. Giovan Battista Piranesi, Puerto de Ripa Grande a mediados del siglo XVIII.



Imágene 9. Hendrick Frans van Lint, El puerto de Ripetta visto desde el edificio de la Aduana. Al frente, la iglesia de San Gregorio de los albañiles de Ottaviano Mascherino (siglo XVIII).



Inundaciones y destrucción

Paralelamente a los innumerables beneficios que el Tíber concedía a la ciudad, durante el invierno el río amenazaba y castigaba a Roma con destrucción y muerte. Casi cada año, en la temporada de lluvias, el cauce del río se hinchaba hasta desbordarse, inundando los territorios que atravesaba. Los campos cultivados al norte de Roma – *Prati di Castello* – eran los primeros en ser afectados. De ahí, las aguas invadían la margen izquierda, penetrando a la ciudad por la Puerta del Popolo, de donde se ramificaban inundando tanto la via del Corso – la antiquísima via Lata – como la via di Ripetta, que conducía directamente al homónimo puerto.

La corriente cubría en poco tiempo la planicie de Campo Marzio, alcanzando la Plaza de la Rotonda – el Pantheon – y las laderas del Campidoglio, para proseguir en dirección del Ghetto de los Judíos y volver a incorporarse al cauce del río en proximidad de la Isla Tiberina, no sin antes sumergir parcialmente el área del Velabro y del Foro Boario.

Numerosas y dramáticas son las descripciones de estos eventos catastróficos: de la narración de Paolo Diácono¹⁹, en el siglo VIII, que describe las aguas enfurecidas surcadas

¹⁹ «El nivel del río creció a tal punto que sus aguas superaron las murallas, se derramaron dentro de la ciudad e invadieron zonas muy extensas [...]. A lo largo del lecho del río, junto a una multitud de serpientes, cruzó la ciudad también un dragón de dimensiones monstruosas, que bajó hasta el mar». PAOLO DIACONO, 1992: 155 ss.

por serpientes monstruosas, a las conmovedoras narraciones de Tarquinio Pinaoro²⁰ y Giacomo Castiglione²¹, testigos directos que relatan las destrucciones ocasionadas por el río durante la crecida de la noche de Navidad de 1598, hasta el relato del historiador alemán Ferdinand Gregorovius, que reseña la inundación del 28 de diciembre de 1870, precisamente el día en que el Rey de Italia, Vittorio Emanuele II, entra en Roma, capital de la Italia unida²².

La infausta bienvenida que la ciudad reserva al Rey no era muy alentadora. A estas fechas, Roma es aún una ciudad que conserva sus callejuelas estrechas y sucias, en la que conviven grandes edificaciones monumentales con casas medievales y en la que el Ghetto de los Judíos horroriza a los pocos turistas extranjeros que se aventuran a visitarlo²³. Si a esto se aúna el espectáculo de la ciudad cubierta por las aguas, el balance, a los ojos del monarca, no debe haber sido entusiasmante. De hecho, una de las prioridades que se enfrentan a partir de entonces para convertir Roma en una ciudad capaz de competir con las demás capitales europeas, concierne precisamente el proyecto de realización de las murallas del Tíber, entendidas como la única manera de eliminar definitivamente un problema que desde su nacimiento había aquejado a la ciudad.

No era, sin embargo, la primera vez que se discutía sobre la posibilidad de llevar a cabo grandes obras de ingeniería para remediar el riesgo. Basta observar las numerosas propuestas que fueron presentadas a la Cámara Apostólica entre finales del siglo XVI y finales del XVII, para darse cuenta de la magnitud del problema: Andrea Bacci²⁴, Paolo Clarante²⁵, Fausto Veranzio²⁶, Giacomo Della Porta²⁷, Carlo Lambardi, Paolo Sanquirico²⁸, Pompeo Targone²⁹ o Carlo Fontana³⁰, entre otros, conciben proyectos de murallas, de canales alternativos al curso normal de río, de reguladores y diques para controlar el flujo de la corriente. Sin embargo, se trataba de proyectos demasiado costosos y que además no ofrecían ninguna seguridad de resolver el problema, por lo que la Cámara Apostólica nunca se resolvió a emprender su realización.

No faltaron tampoco estudios específicos centrados en identificar las posibles causas de tanta desgracia: en 1744, el papa Benedetto XIV encargó a los ingenieros boloñeses

²⁰ *Carta de Tarquinio Pinaoro a su tío Alessandro Bartolucci, Prior en San Agustín de Ancona*, 31 de diciembre 1598, en BAV, Urb. Lat. 861, ff. 85 ss.

²¹ CASTIGLIONE, 1599.

²² GREGOROVIVUS, 1992: 522-523.

²³ CASTELAR, *cit.* en TOMASSINI, 2011: 74.

²⁴ BACCI, 1576.

²⁵ CLARANTE, 1577.

²⁶ VERANZIO, 1595 ca.

²⁷ *Proposta di Giacomo Della Porta*, 1599 ca., in BAV, cod. Chigi H.II.43, c. 163-165v.

²⁸ *Discorso sopra l'inondatione del Tevere, et il modo da rimediarsi, di Paolo Sanquirico*, mayo 1606 ca. en BAV, Cod. barb. Lat.4340.

²⁹ *Discorso di Pompeo Targone sopra il rimedio da darsi all'inondationi del Tevere*, BAP, Cod. Barb. 4340.

³⁰ FONTANA, 1694.

Andrea Chiesa y Bernardo Gambarini³¹, expertos del río Po, un levantamiento detallado del curso del Tíber, en el cual, además de las mediciones relativas al ancho, a la profundidad y a la pendiente en los diferentes tramos, los expertos señalaban los diferentes elementos que, a su juicio, podían contribuir a aumentar el peligro de las inundaciones. Tales elementos eran por ejemplo, los restos de construcciones en ruinas que yacían en el lecho del río, los molinos flotantes, los viveros piscícolas, las rocas y las barcas hundidas, además de todos los desperdicios y basuras que regularmente se vaciaban en el río.

Otro aspecto interesante de la labor de los arquitectos e ingenieros del Tíber era el empeño puesto en asegurarse de que la navegación fluvial no encontrase obstáculos que pudiesen comportar retrasos en la entrega de las mercancías en los puertos de Roma. En efecto, la naturaleza frágil de las riberas, sobre todo en las llanuras cercanas a Roma, hacía que con facilidad el cauce se ensanchara excesivamente, perdiendo profundidad y, por lo tanto, impidiendo el tránsito normal de las barcas. Para evitar este inconveniente era necesario efectuar obras de reparación y reconstrucción de los bordes arcillosos, para garantizar que el lecho mantuviese una profundidad constante. Ya en la época de Paolo V se había emprendido la primera gran campaña de reparación de las márgenes, sobre todo en la desembocadura de Fiumicino³². Encargado de la obra había sido el arquitecto de confianza del pontífice, Carlo Maderno, que en esos años trabajaba en la realización de la fachada de la Basílica de San Pedro. Más tarde, otros arquitectos del Tíber se encargaron de verificar en los tramos urbanos y extraurbanos, los sitios que necesitaban reparaciones. Entre ellos Agostino Martinelli, publica en 1682 un volumen dedicado al tema, en el que ilustra los proyectos de reparaciones que habrían de efectuarse en el área de Magliano Sabina y Ponte Felice para corregir las corrosiones causadas por la corriente³³.

Pero es sin duda la aparición en la escena romana del ingeniero holandés Cornelius Meyer, la que determinará grandes cambios en las técnicas usadas hasta entonces para efectuar esas reparaciones. Meyer introduce sistemas constructivos infinitamente más económicos de los empleados por los técnicos romanos³⁴. Con menos material y menor esfuerzo, es capaz de reparar en poco tiempo riberas que parecían irrecuperables³⁵.

Pero además, publicando su libro *L'arte di restituire a Roma la tralasciata navigazione del suo Tevere*³⁶, Meyer da a conocer numerosas soluciones para salvar los obstáculos naturales del río – desniveles, cascadas, rápidos – así como para eliminar rocas o para recuperar barcos hundidos: soluciones que en las décadas sucesivas entrarían a formar parte de la

³¹ GAMBARINI & CHIESA, 1746.

³² MADERNO, 1613.

³³ MARTINELLI, 1682.

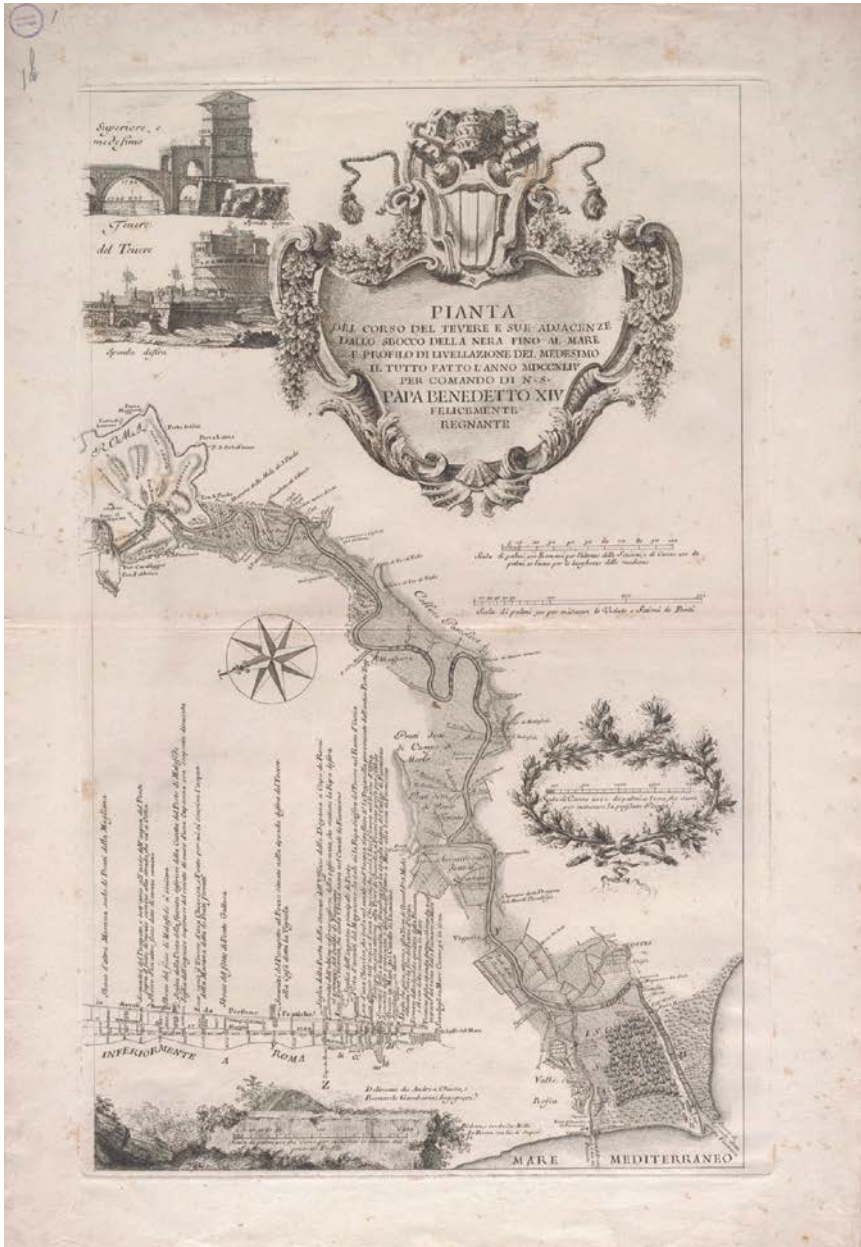
³⁴ Cornelius Meyer, *Modo di far navigabile il fiume Tevere da Perugia a Roma. Pensieri del Meyer disegnati dal sig. Gasparo Van Wittel olandese in Roma nei primi anni*, Bibl. Acc. dei Lincei, ms. n. 1227, 1676.

³⁵ MEYER, 1670.

³⁶ MEYER, 1685.

práctica cotidiana de los técnicos encargados de supervisar y mantener el Tíber, tanto dentro como fuera de la ciudad.

Imágene 10. Bernardo Gambarini y Andrea Chiesa, planta del curso del Tíber desde la desembocadura del río Nera hasta el mar (1744).



Las actividades productivas

El paisaje fluvial, sobre todo en el tramo urbano, se caracterizaba por la gran cantidad de actividades productivas que aprovechaban la corriente para poner en funcionamiento máquinas y talleres de diferentes tipos: aserraderos para madera, sierras para cortar y pulir mármoles, sistemas de bombeo para irrigar los campos, etc. Sin embargo, las instalaciones más frecuentes y que animan la iconografía pictórica a partir del siglo XV son los molinos³⁷: pequeñas estructuras flotantes, ancladas a la ribera, que aprovechaban la corriente para accionar las ruedas que machacaban el trigo. Su presencia en la zona urbana era vital, ya que abastecían de harina a los panaderos. El arquitecto del Tíber acordaba el lugar en el que se habrían de emplazar, siempre verificando que su presencia no obstaculizara la corriente. Perteneían a las grandes familias aristocráticas romanas y a algunas congregaciones religiosas que las daban en arriendo a los molineros. Por la concesión se pagaba un impuesto tasado en libras de cera que se depositaba en la Cámara de Tributos en la vigilia de la fiesta de San Pedro y San Pablo.

Los molinos eran mecánicamente muy similares, tenían una parte flotante y otra fija. La primera constaba de dos barquillas, una grande con una cabaña de madera en la que se molía el trigo y otra pequeña que contenía una rueda giratoria; entre las dos barquillas se encontraba la rueda dentada que giraba accionada por la corriente. Para aumentar la fuerza de ésta última se construían empalizadas que contribuían a orientar el agua hacia la rueda dentada. Las cabañas flotantes se anclaban a la ribera por medio de cadenas atadas a una torrecilla de mampostería; una rampa, también de mampostería, permitía el acceso a un puente de madera que conducía al interior de la cabaña.

Los molinos se asentaban en los puntos en los que el río presentaba angosturas o curvas muy pronunciadas, siendo éstos los lugares en donde la corriente se aceleraba, favoreciendo la molienda. Los hubo en las proximidades de la Isla Tiberina, anclados a la ribera del barrio de la Regola, a la de Trastevere y en la curva de San Giovanni dei Fiorentini. En algunos periodos llegó a haber hasta veinte molinos al mismo tiempo, que molían no solamente trigo, sino también sal, tabaco, pigmentos y hasta polvos de maquillaje.

Además de los molinos, existieron también numerosas concesiones de pesca: los encargados tenían derecho a tender redes y a colocar trampas para atrapar a los peces; las especies más apreciadas por las mesas de la aristocracia romana eran los esturiones, las doradas, las anchoas y las anguilas. Los mecanismos de pesca estaban anclados a las rocas y a los restos de construcciones en ruinas, como el Ponte Rotto, que desde la crecida del 1598 nunca volvió a ser reconstruido.

También existieron otras actividades que producían rentas: a partir de mediados del siglo XVIII se instalaron las primeras cabinas para baños. Era en efecto frecuente que en algunas de las playas existentes, los romanos se bañaran en la estación calurosa: el mismo

³⁷ SEGARRA LAGUNES, 2006: 45-52.

Johann Wolfgang Goethe narra el baño realizado a la luz de luna en el área de Ripetta una cálida noche de agosto³⁸. Otras playas se encontraban en la Renella, cerca de Ponte Sisto, en el puerto Leonino y frente a Castel Sant'Angelo. Era preocupación de las autoridades religiosas evitar que la gente se bañara desnuda y para ello se publicaban continuamente edictos, que la población desatendía sistemáticamente. La instalación de las primeras cabinas levantó una serie de quejas por parte del rector del Colegio Clementino, que se hallaba en la zona cercana a Ripetta, que consideraba los baños como actividad inmoral y por lo tanto poco recomendable para los alumnos del colegio.

Hubo también una serie de barquillas que atravesaban el río en los puntos más lejanos de los puentes: cubiertas por una cabina de paja tejida, estaban amarradas a un cable tendido de orilla a orilla. A mediados del siglo XIX se pagaba un *bajocco* por cruzar el río en via della Lungara.

Imágene 11. Gaspar van Wittel, Vista de Castel Sant'Angelo desde el sur, con un molino anclado a la margen derecha.



³⁸ 2 agosto 1787, en GOETHE, 1944: 866.

Imágene 12. Gerard T. Borch, el Ponte Rotto a mediados del siglo XVII. El pintor holandés documenta las estructuras de pesca ancladas a los restos del puente.



Imágene 13. Isaac de Moucheron, el Tíber a la altura del Porto Leonino. Durante muchos siglos, el puerto fue además utilizado como playa en las temporadas de calor.



El Tíber actual

Los planes de ordenación urbana de 1873 y de 1883 plantean como objetivo principal el transformar esa ciudad atrasada, desordenada y sucia para convertirla en capital de la Italia unida. Se proyectan nuevas zonas habitacionales: al norte, en la ribera derecha, en el sitio ocupado históricamente por los «prados del castillo», destinada a la burguesía; en la ribera izquierda, al sur, para obreros y trabajadores. Se construyen las sedes de los nuevos ministerios, se programan seis nuevos puentes para comunicar de manera más eficiente la ciudad. Poco a poco, la estructura urbana empieza a transformarse. Se inicia también la realización de las murallas del río: altas, sólidas, herméticas y que no dan ocasión de mantener o abrir un diálogo con la ciudad. Solamente en dos casos³⁹ se intenta reinstaurar una relación: en el norte, en el puerto dedicado al piloto aviador De Pinedo, con una escalinata que parece recordar la de Ripetta; en el sur, bajo la colina del Aventino, con un proyecto realizado sólo parcialmente, por Vincenzo Fasolo.

Por lo demás, no habrá ya ninguna posibilidad de recrear o de acercar el río a la ciudad. Quedará alejado, encajonado e ignorado por la mayor parte de los habitantes: de hecho muy pocos romanos conocen hoy la historia del Tíber y de su relación con Roma. Por ello es imprescindible hoy reinventar esa relación. No se trata de volver nostálgicamente a recrear el paisaje fluvial de antaño. La recuperación de ese nexo debe aprovechar valores que en el pasado ni siquiera eran considerados pero que hoy juegan un papel fundamental en la calidad de la vida de la ciudad contemporánea: entre ellos, por ejemplo, el valor ambiental que el río sigue manteniendo o bien la formidable posibilidad de convertirlo en un parque urbano al centro del Roma o, por qué no, la ocasión, que ya han experimentado algunos artistas, de convertir sus murallas en escenarios abiertos a acoger manifestaciones de arte contemporáneo. Los ejemplos positivos de otras ciudades europeas – como París, Berlín o Valencia – lo comprueban. Estas, y muchas más, pueden ser actividades que el río puede acoger para volver a entretejer esa milenaria relación.

³⁹ SEGARRA LAGUNES, 2003: 245-250.

Imágene 14. Puente de hierro en San Giovanni dei Fiorentini, realizado bajo el pontificado de Pío IX.



Imágene 15. Fotografía de principios del siglo XX en la que se documenta el avance de la realización de las murallas del Tíber.



Documentos de archivo

- Chirografo* de Paolo V, 12 noviembre 1614, en Archivio di Stato di Roma, Camerale II Tevere, carpeta 12, fascículo 31.
- Carta de Tarquinio Pinaoro a su tío Alessandro Bartolucci, Prior en San Agustín de Ancona*, 31 de diciembre 1598, en BAV, Urb. Lat. 861, ff. 85 ss.
- Proposta di Giacomo Della Porta*, 1599 ca., in BAV, cod. Chigi H.II.43, c. 163-165v.
- Discorso sopra l'inondatione del Tevere, et il modo da rimediarsi*, di Paolo Sanquirico, mayo 1606 ca. en BAV, Cod. barb. Lat.4340.
- Discorso di Pompeo Targone sopra il rimedio da darsi all'inondationi del Tevere*, BAP, Cod. Barb. 4340.
- MEYER, Cornelius – *Modo di far navigabile il fiume Tevere da Perugia a Roma. Pensieri del Meyer disegnati dal sig. Gasparo Van Wittel olandese in Roma nei primi anni*, Bibl. Acc. dei Lincei, ms. n. 1227, 1676.

Bibliografía

- AA. VV. – *Il San Michele a Ripa Grande*, Roma s/d.
- BACCI, Andrea (1576) – *Del Tevere, libri tre, ne' quali si tratta della natura, & bontà dell'acque & specialmente del Tevere & dell'acque antiche di Roma, del Nilo, del Po, dell'Arno & d'altri fonti & fiumi del mondo. Dell'uso dell'acque & del bere in fresco, con nevi, con ghiaccio & con salnitro. Delle inondationi & de' rimedii, che gli antichi Romani fecero & che hoggidi si possan fare in questa & in ogni altra inondatione*. Venezia.
- CASTELAR, Emilio (2011) – *Recuerdos de Italia*, cit. en S. TOMASSINI, *Roma, il Papa, il Re. L'unità d'Italia e il crollo dello Stato Pontificio*, Il Saggiatore, Milano.
- CASTIGLIONE, Giacomo (1599) – *Trattato dell'inondazione del Tevere*, Roma.
- CLARANTE, Paolo (1577) – *Al Santissimo Signor nostro papa Gregorio XIII, Della inondatione del Tevere & della nuova foce del medesimo*, Perugia.
- COARELLI, Filippo (1981) – *Roma*, Roma-Bari.
- DIONE CASSIO – *Historia romana*.
- FONTANA, Carlo (1694) – *Discorso sopra le cause delle inondazioni del Tevere antiche e moderne a danno della città di Roma, e dell'insussistente passonata fatta avanti la Villa di Papa Giulio III per riparo della via Flaminia*. Roma.
- GAMBARINI, Bernardo; CHIESA, Andrea (1746) – *Delle cagioni e de' rimedi delle inondazioni del Tevere. Della somma difficoltà d'introdurre una felice e stabile navigazione da Ponte Nuovo sotto Perugia sino alla foce del Nera nel Tevere, e del modo di renderlo navigabile dentro Roma*. Roma.
- GOETHE, Johann Wolfgang (1944) – 2 agosto 1787, en *Viaggio in Italia, Opere*. Firenze: Sansoni.
- GREGOROVIVUS, Ferdinand (1973) – *Storia della città di Roma nel Medioevo*. Torino.
- ____ (1992) – *Diari romani 1852-1874*. Roma, p. 522-523.
- L'Italia descritta e dipinta: con le sue isole di Sicilia, Sardegna. Elba, Malta, Eolie e di Calipso*, Torino 1837.
- LUGLI, Giuseppe (1970) – *Itinerario di Roma antica*. Milano.
- MADERNO, Carlo (1613) – *Osservazioni per la bocca di Fiumicino e per la divisione delle acque a Capo Duerami*. Roma.
- MARTINELLI, Agostino (1682) – *Stato del Ponte Felice rappresentato alli Eminentissimi e Reverendissimi Signori Cardinali della S. C. delle acque dal Cavalier D. Agostino Martinelli, ferrarese, Lettore del Jus Cesareo nella Università di Roma e soprintendente alle operationi, che si fanno per il mantenimento di detto ponte*. Roma.
- MEYER, Cornelius (1670) – *Del rimedio fatto al danno del Tevere alla ripa dirimpetto alla vigna di Papa Giulio*.
- ____ (1685) – *L'Arte di restituire a Roma la tralasciata navigazione del suo Tevere*. Roma.
- MOCCHEGIANI CARPANO, Claudio (s/d) – *L'area del San Michele nella topografia di Roma antica*, in AA. VV., *Il San Michele a Ripa Grande*. Roma.
- ____ (1995) – *Passeggiando lungo il Tevere*. Roma.
- PAOLO DIACONO (1992) – *Soria dei Longobardi*, III. Milano.
- PLINIO EL JOVEN – *Epístolas*.
- SEGARRA LAGUNES, María Margarita (2003) – *Roma negli anni del Governatorato. Proposte architettoniche per il Tevere*, en V.

FRANCHETTI PARDO, ed., *L'architettura nelle città italiane del XX secolo. Dagli anni Venti agli anni Ottanta*. Milano, p. 245-250.

____ (2004) – *Il Tevere e Roma. Storia di una simbiosi*. Roma.

____ (2006) – *Le attività produttive del Tevere nelle dinamiche di trasformazione urbana: i mulini fluviali*, en *Mélanges del l'École Française de Rome. Italie et Méditerranée*, vol. 118-1, p. 45-52.

SUETONIO, *Augusto; Claudio*.

TAJA, Agostino Maria (1705) – *Lettera e poetici componimenti in ragguaglio e in encomio della nuova ripa presso al sepolcro de' Cesari in Roma, ridotta per intendimento e per ordine della Santità di N. Signore Papa Clemente XI, a foggia di Suntuoso Navale*, nella presidenza edilizia di Monsig. Niccolò Giudice, chierico di Camera, l'anno 1704. Roma.

LIVIO, Tito – *Historia de Roma*.

VERANZIO, Fausto – *Progetto di deviazione del Tevere*, in F. VERANZIO, *Machinae novae fausti Verantii Siceni*, Venezia 1595 ca.